

JUEVES SANTO

Hoy celebramos tres cosas: el Mandamiento del Amor, la Institución del Sacramento de la Eucaristía y la fundación del sacerdocio.

Los hijos nunca podremos pagar a nuestros padres el amor que han puesto en nosotros: sus esfuerzos, sus fatigas, sus luchas, sus preocupaciones, sus noches en vela, sus bienes, su tiempo, sus lágrimas... todo, absolutamente todo se lo juegan por el bien de sus hijos y por puro amor. Ni siquiera miran por su propia salud, sino de la del hijo. Incluso darían su propia vida, y el hecho es que la dan un poco cada día. Continuamente se preocupan por sus hijos. Cada minuto de su vida. Todo lo hacen por ellos. Son carne de su carne y sangre de su sangre. Los padres siempre agradecen los abrazos y los besos, pero el agradecimiento que de verdad esperan los padres de sus hijos es que sean personas de provecho, que aprendan lo que les han enseñado, que sean buenos, honrados y nobles. No hay más alegría para unos padres que los demás alaben a sus hijos. Y no hay lágrimas más amargas que la de un hijo desagradecido, aunque los padres siempre acaban perdonándolo todo.

Cuando Jesucristo nos dice que Dios es Padre, está hablando de lo mismo. Que mi relación con Dios no es de esclavo, sino de hijo. La palabra religión no se refiere primeramente a mandamientos ni a reglas, sino que la palabra religión viene de religar, atar con lazos que implican todas las dimensiones de la vida, y los lazos que nos atan a Dios son lazos de amor. Cristo nos muestra con su Cruz hasta qué punto Dios Padre nos ama. Nos lo da todo, incluso lo que más ama: a su hijo Jesucristo. Decidle a un padre que sacrifique a su único hijo por el bien de otro que no se lo merece. Diríamos que está loco. Y es así, porque el amor que Dios nos tiene es tan grande que se sale de nuestras categorías de entendimiento humano. Y aún os digo otra cosa: Cristo nos invita descaradamente a amar como Él. “Amaos los unos a los otros COMO YO os he amado”.

Eso es imposible. Todos reconocemos en Cristo el amor verdadero y eterno de Dios, pero que yo ame a Dios y a los demás como él, eso para mí es imposible. ¿Y cómo es que Cristo me pide algo que él sabe que no podré cumplir de ninguna manera?

Cristo, como es también Dios y lo puede todo, hace un milagro. Se ha inventado una manera para darme esa capacidad de amar, esa fuerza de perdonar infinita. Mejor dicho: se ha inventado una manera para que él mismo se meta en mí, dándome su corazón, su mente, su alma, su divinidad, su amor, todo su ser. Me da la posibilidad de ver las cosas como él las ve, y de sentir las como él las siente. Cristo hace el milagro de meterse en el pan, y comiéndomelo, me lo estoy comiendo a él, y entra verdaderamente en mí, hasta el fondo de mi ser, transformándose en él, sin dejar de ser yo mismo. Por eso Cristo ha instituido el sacramento de la Eucaristía: para que yo pueda amar como él me ama, pero con sus fuerzas humanas y divinas. Dios respeta mi libertad, y no se mete en mi vida sin mi permiso. Cristo actuará en mí en la medida que crea en él y le deje ser él en mí. Si eso me lo creyera de verdad, sería capaz de hacer lo mismo que él hizo: curar enfermos, sanar depresiones, levantar desanimados, e incluso resucitar muertos. Muchos santos, hombres y mujeres como tú y como yo, lo han hecho, porque eran personas eucarísticas. Eso es lo que es realmente la Misa, y muchas veces nos parece que son cantos, lecturas, flores y el sermón del cura. Por eso adoramos la eucaristía y nos arrodillamos: porque ahí está Dios mismo, Dios cercano, y se me da para que participe de su ser. Es imposible amar de verdad sin ir a Misa. Es imposible tener una vida humanamente plena si no comulgo en gracia, es decir, si Dios no está en mí. Por eso, para quien ha descubierto a Cristo en su vida, la Misa es una verdadera necesidad. Estar con Cristo, y Cristo en mí. Por eso es recomendable comulgar confesados: para quitar barreras.

Si quieres dar una alegría verdadera y grande a tu Madre del Cielo, ama mucho a su Hijo, ama mucho la Eucaristía.